

III Ruanda.

¿Guerras fratricidas en Ruanda?

Ruanda es un país pequeñito (unos 26.340 Km², algo menor que Bélgica) con unos 8 millones de habitantes aproximadamente antes de 1994, lo que hace que la densidad de población sea muy alta. El 1% de ésta es de la etnia twa (pigmeos), los primeros habitantes del país. El 84% son de la etnia hutu, que llegaron a la región posteriormente dedicándose a la agricultura. El 15% restante son de la etnia tutsi. Aunque se trata de una cuestión controvertida, parece que los tutsi llegaron a Ruanda desde zonas nilóticas posteriormente. Los tutsis eran pastores y como casi todos estos pueblos pastores eran también guerreros.

En 1916 Bélgica ocupó militarmente Ruanda y concluyó que para sus planes coloniales era mejor una alianza con una minoría tutsi bien organizada. La nobleza y el gobierno se convirtieron, definitivamente, en un privilegio de ciertos clanes tutsi; mientras, las clases bajas tutsi y la generalidad de los hutu eran sometidos cada vez más.

En 1958 empezaron a surgir los primeros movimientos reivindicativos hutu. En 1959 hubo una auténtica revolución social de los hutu y el derrocamiento de la monarquía y del sistema aristocrático tutsi. En 1959 y luego en 1962, tras la independencia de Ruanda, se producen enfrentamientos entre ambas comunidades, con persecuciones y matanzas de tutsis. Esto desemboca en un éxodo masivo de miembros de esta etnia hacia los países vecinos. Un grupo de los hijos de estos tutsi exiliados en Uganda crearán el Frente Patriótico Ruandés (FPR), se aliará y apoyará a Yoweri Museveni para tomar el poder en Uganda. Más tarde, en los años 90, será Museveni quien les apoye a ellos en la toma del poder en Ruanda.

A partir de 1990 el FPR empieza a hacer incursiones en el norte de Ruanda (en la frontera con Uganda) sembrando el terror entre los hutu: quema poblados y produce múltiples de pequeñas masacres. En octubre de 1993 la ONU crea una misión de cascos azules para Ruanda: LA MINUAR. En este período miles de ruandeses del norte salen huyendo narrando las atrocidades cometidas por el FPR.

Por otra parte, la historia del vecino Burundi también influye en lo que ocurrirá en Ruanda. En Burundi, con una distribución demográfica y estructura social semejante a Ruanda, el partido del hutu Melchior Ndadaye venció en junio de 1993 en unas elecciones democráticas. Pero en octubre de ese mismo año un grupo de militares tutsi lo asesinaron. Esto provocó que bandas de hutu tomaran represalias contra sus vecinos tutsi. Y esto, a su vez, que el ejército (dominado por los tutsi) reaccionara violentamente contra la población hutu produciendo miles de asesinatos y cientos de miles de desplazados, muchos de los cuales fueron a Ruanda a refugiarse.

La suma de las noticias que traían los desplazados ruandeses del norte de lo que estaba haciendo el FPR allí junto a las que traían los refugiados burundeses que venían del sur avivaron el fuego del enfrentamiento étnico. En

este ambiente altamente encrespado se produce un suceso clave: los testimonios apuntan a que a modo de avanzadilla un comando del FPR derriba, usando un misil, el avión en el que viajaba el Presidente de Ruanda (en esos momentos el general de origen hutu Juvenal Habyarimana, que en 1973 había dado un golpe de estado). Se genera un caos tremendo. Surgen rumores de todo tipo entre la población y se teme que ésta sea la ofensiva definitiva del FPR para tomar el poder y a la vez una venganza hacia los hutu. El horror y el pánico se adueñan de la situación. Radio mil colinas insta exacerbadamente a la caza del tutsi. Los soldados gubernamentales, los interahamwe (unas milicias fanáticas de jóvenes hutu extremistas) e incluso gente del pueblo produjeron un auténtico genocidio. No hay cifras totalmente fidedignas del número de muertos, hay quienes hablan de 500.000 y quienes elevan la cifra hasta 1.000.000 de muertos, la gran mayoría tutsi, y en menor medida hutu. Casi toda gente sencilla inocente atrapada en este torbellino. Un auténtico drama nacional y para la humanidad. Sin embargo no todos los muertos son tutsis. El asesinato del presidente ruandés estaba planificado y la ofensiva que le siguió por parte del FPR se orientaba a la toma del poder y también a la matanza de, en este caso, hutus.

El pueblo llano, hutu, tutsi o twa, era presa del pánico, pero eran especialmente los tutsi los perseguidos. Se pudo ver en todas las televisiones del planeta imágenes atroces de personas armadas hasta con machetes o simples palos cruelmente asesinando a compatriotas suyos tutsi. La gente se desplazaba en masa de un lugar a otro. Finalmente, el FPR de Paul Kagame tomó el poder y el miedo a la venganza se adueñó de los hutu, y unos 3.000.000 de ellos huyeron del país, refugiándose muchos en el este del Zaire.

Vista la historia tal y como se muestra en los párrafos anteriores, cabe imaginarse Ruanda como un país con dos etnias obligadas a cohabitar y con un odio terrible entre ambas. No es así. El análisis antes mencionado hace referencia a ciertos grupos de hutu y de tutsi que codician el poder, son intransigentes y no les importa usar cualquier medio, incluso la muerte de miles de inocentes, para lograr sus objetivos. La inmensa mayoría del pueblo, hutu o tutsi, es pacífica, amable y en todo caso la gran víctima. Son dos etnias que han convivido durante siglos con las tensiones explicables de una sociedad en la que una minoría tutsi sometió a las masas hutu. Dos etnias cuya sangre está mezclada con frecuencia con matrimonios mixtos que hace no saber a veces cómo distinguir un hutu de un tutsi. Es un mismo pueblo que ¿de repente se ha vuelto loco?

Las trágicas matanzas que han afectado a ambas comunidades en 1994 (de tutsis en Ruanda) y 1996-1997 (de hutus en Zaire) son ciertamente una realidad que ha provocado un enfrentamiento generalizado entre ambas etnias. Pero si hurgamos en los entresijos de la historia, encontramos una mano oculta presente desde la época de la colonización, una mano blanca, no la de todos los blancos como raza, ni la de todos los blancos que fueron a Ruanda, sino la de aquellos que fueron allí -y a otras zonas de África- codiciando riquezas y que avispadamente se aliaron con unos grupos locales con afán de poder. Hoy día aún existen este tipo de alianzas, concretamente entre EE.UU. e Inglaterra con Ruanda (y Uganda), a primera vista no visibles, y la víctima fue y sigue siendo el pueblo ruandés.

En los artículos siguientes se hablará de hutu y de tutsi muchas veces generalizando, pero, por favor, no se piense que se está hablando de todos los hutu y todos los tutsi, piénsese más bien en estos grupos con ambición de poder y promotores de tanto sufrimiento. El pueblo ruandés sólo está esperando una oportunidad: que ciertos sectores de gran poder de decisión en la comunidad internacional dejen de manejar los hilos que incitan este ciclo de violencia en la región de África Central. Entonces volverá la paz a la zona; y claro, ellos querrán que las grandes riquezas que allí hay sirvan en provecho de sus propias gentes y sacarles definitivamente del hambre y la miseria. Si se les dejara una oportunidad la aprovecharían y no se volvería a hablar de hutu o tutsi. Pero, ciertamente, hay quienes –desde dentro y desde fuera- quieren el enfrentamiento de ambas etnias para que esto no ocurra, pues obtienen más beneficios económicos con la corrupción, la ilegalidad y la falta de ética en los gobernantes. Al fin y al cabo, muchos concluimos en nuestro análisis que la naturaleza del conflicto ruandés no es étnica, sino política.

De la revolución social de 1959 a la guerra de octubre de 1990

Ramón Arozarena,
"Rwanda: hace 10 años, 10 años después",
fragmento del capítulo 1.

Rwanda, como sabéis, es un pequeño país de África Central de 26.338Km², con una población, estimada en 1999, de 8,2 millones de habitantes. Su densidad, más de 310h/km², es la más fuerte de África. Está poblado por tres comunidades de desigual peso demográfico: 1% los Twa, 14% los Tutsi, 85% los Hutu, que comparten la misma lengua, la misma cultura (aunque algunos matizan esta cuestión) y viven, desde hace siglos, en un mismo territorio. Los matrimonios entre hutu y tutsi han sido frecuentes, sobre todo después de la independencia.

Antes de 1959, el poder político estaba en manos de los tutsi. Un informe de la OUA señala que entre 1932 y 1957 el 95% de los funcionarios del Estado (los colonizadores respetaron y apuntalaron las estructuras de poder existentes), 43 de 45 jefes tradicionales y 549 de 559 sub-jefes, eran tutsi, así como el 75% de los estudiantes de secundaria. La elite hutu, formada fundamentalmente en los seminarios y en el entorno parroquial, reivindicó la igualdad de todos ante la ley, la no discriminación en el acceso a los puestos de enseñanza y administración y el reparto equitativo de la tierra. Estas reivindicaciones fueron rechazadas por el poder local, si bien recibieron un fuerte impulso por la posición del obispo André Perraudin en su carta pastoral de Cuaresma de 1959. La Iglesia, que en el pasado había optado por concentrar su acción evangelizadora en las elites tutsi (para que desde la cúspide de la pirámide social el cristianismo llegara hasta la base), daba un giro recogiendo y avalando las aspiraciones de la mayoría hutu. No es extraño, pues, que el prelado Perraudin se convirtiera en la bestia negra de los aristócratas tutsi, que le han acusado de ser el ideólogo de la revolución hutu, calificada por ellos de racista; otros, por el contrario, lo consideran una especie de adelantado de la teología de la liberación, por su defensa de los oprimidos.

En 1959, tras el rechazo por parte de la aristocracia en el poder de cualquier reforma y los atentados contra algunos líderes hutu, se produjo una auténtica revolución. Los tutsi son asesinados y perseguidos. El rey abandonó el país y con él unos 200.000 tutsi que se instalaron en los países vecinos. El 28 de enero de 1961 fue abolida la monarquía y el 25 de septiembre del mismo año, por medio de un referéndum y con los votos del 80% de la población, se instauró la república. El 1 de julio de 1962, Rwanda se declaró independiente.

Durante los primeros años, hasta 1967, los tutsi exiliados trataron de penetrar en el país para restaurar el antiguo régimen. Cada incursión trajo consigo una mayor cohesión de los hutu y la marginación y sangrientas represalias contra los tutsi del interior, considerados colaboradores de los atacantes. La tensión inter-étnica ruandesa quedó, además, reforzada por la situación de los hutu en Burundi, perseguidos y masacrados.

En 1973, un golpe de Estado llevó al poder al general Juvenal Habyarimana. Los golpistas justificaron el derrocamiento del presidente Kayibanda por la necesidad de poner fin a las turbulencias inter-étnicas, que habían resurgido en

febrero en la Universidad, Colegios de secundaria, administración y se habían extendido por el país. Es posible que esta violencia contra los tutsi en Rwanda fuera una respuesta a la represión y asesinatos de hutu en Burundi, en 1972. Algunas fuentes afirman, sin embargo, que fueron los militares del norte los que provocaron expresamente los enfrentamientos para presentarse como pacificadores y hacerse con el poder.

En un primer momento, el golpe de Estado de julio de 1973 supuso un cierto alivio para la comunidad tutsi. El acceso de los miembros de esta comunidad a puestos importantes en el ejército o en la administración les seguía estando vetado, si bien pudieron desarrollar con libertad actividades comerciales o profesionales. Puede decirse que los hutu coparon el sector público y que los tutsi dominaron el sector privado. Las tensiones políticas, que fueron agudizándose con el paso del tiempo, se situaban en el interior de la comunidad hutu: hutu del norte (Gisenyi-Ruhengeri) frente a hutu del Centro-Sur (Gitarama-Butare); éstos se sentían cada vez más marginados de los centros de poder y del acceso a la educación, a pesar de que se había establecido un sistema de equilibrio regional y étnico a la hora, por ejemplo, de la distribución de puestos en los Colegios y Universidades. El sistema, en la práctica, se convirtió en un instrumento apenas disimulado de discriminación de los tutsi y de los hutu del sur, en provecho de los del norte.

El partido único, MRND (Movimiento Revolucionario Nacional para el Desarrollo), se identificó con el Estado, un Partido-Estado. Nada ni nadie podía moverse fuera de él. El presidente de la República acumulaba las funciones de presidente del MRND, Jefe de Gobierno, presidente del Consejo superior de la Magistratura, ministro de Defensa, Jefe de estado-mayor del Ejército y de la Gendarmería.

En los últimos años 80, la segunda república, que sin embargo había llevado a buen término muchos proyectos de desarrollo, estaba en plena crisis: la corrupción se generalizó; el círculo familiar y próximo (el llamado akazu="la casita") al presidente acaparó aún más el poder y los recursos del país; cuadros militares y políticos, sospechosos de disidencia, fueron eliminados; la economía rural estaba en bancarrota; el problema del posible regreso de refugiados seguía sin solución, ya que el gobierno se declaró incapaz de acogerlos, dada la densidad demográfica y la escasez de tierras.

En este contexto de crisis política y de pobreza generalizada, el 1 de octubre de 1990, el denominado Frente Patriótico Rwandés (FPR) invadió el norte de Rwanda, desde Uganda. Los responsables del FPR ocupaban puestos importantes en el ejército regular ugandés. El jefe de la rebelión, general Fred Rwigema era jefe de estado-mayor adjunto del ejército ugandés y viceministro de defensa; Chris Bunyenyezi y Stephen Ndungutse comandaban brigadas de choque y Paul Kagame, actual presidente de Rwanda, era director adjunto de los servicios ugandeses de información militares. El ataque del FPR, compuesto mayoritariamente por tutsi, permitió al poder desviar de los gravísimos problemas internos la atención de los rwandeses para movilizarlos contra el enemigo común.

El artículo entero puede solicitarse en umoya@umoya.org

El 6 de abril de 1994: La dinámica del asesinato

Ramón Arozarena,
"Rwanda: hace 10 años, 10 años después",
fragmento del capítulo 1.

- ***El desencadenante***

El 6 de abril de 1994, hacia las 20,30h., el Falcon 50 presidencial, pilotado por tripulación francesa, es derribado cuando aterrizaba en Kigali de regreso de Arusha (Tanzania), donde se acababa de firmar un nuevo acuerdo, quizás, se pensaba, definitivo para garantizar un futuro democrático en el que cupieran todos los rwandeses. El presidente Habyarimana, su homólogo burundés Cyprien Ntaryamira, el jefe del estado-mayor del ejército rwandés, colaboradores de la presidencia y toda la tripulación perecieron. Esa misma noche se desencadenó el horror.

A la pregunta si la catástrofe ruandesa podía haberse impedido cabría responder que sin atentado contra Habyarimana no habría habido masacres; quienes habrían podido evitarlo nada hicieron y lo que es evidente es que se ha hecho todo lo posible para que nadie sepa quién lo hizo.

Inmediatamente, descartando cualquier otra hipótesis, se estableció como verdad incontrovertible entre los analistas que los responsables del acto terrorista eran los elementos duros y extremistas del régimen, descontentos por las concesiones que el presidente había hecho al FPR. Necesitados, por otra parte, de un pretexto para lanzar la carnicería ya planificada, el asesinato del Habyarimana, que todos los hutu indudablemente achacarían a los tutsi, lo era inmejorable.

La conmoción que inspiraba el genocidio de los tutsi impedía evocar la simple posibilidad de que el FPR, organización fundamentalmente tutsi, hubiera podido decidir cometer un atentado que desencadenó y condujo a la muerte atroz a miles de personas pertenecientes a la misma familia étnica (algo previsible y hasta anunciado) Sin embargo, la verdad parece que se va imponiendo. Las investigaciones del juez Bruguière, a requerimiento de la viuda del piloto francés del Falcon 50, apuntan sólidamente a que fue un comando del FPR, siguiendo órdenes de Paul Kagame, quien disparó los misiles contra el avión presidencial. Las conclusiones de este juez, difundidas en marzo de 2004 por Le Monde, están basadas, entre otros, en testimonios de disidentes del FPR, por ejemplo en el extenso y pormenorizado de Abdul Ruzibiza, ligado familiarmente al primer dirigente supremo del FPR, Fred Rwigema, muerto en circunstancias no aclaradas los días posteriores a la invasión de octubre de 1990. Anteriores informes, como el del abogado australiano Michael Hourrigan a quien la antigua fiscal del Tribunal Internacional, la canadiense Louise Arbour, encargó investigar el atentado en 1997, concluían en el mismo sentido, pero fueron congelados, presumiblemente por presiones norteamericanas.

Mientras la fuerzas de la ONU (MINUAR), 2.500 soldados venidos a velar por la buena marcha del proceso de transición y por el desarme de las milicias de uno y otro bando, subían a los aviones y se marchaban precipitadamente dejando vía libre a las milicias y a la guerra, llegaron otros aviones con decenas de

cámaras de televisión a filmar y transmitir en directo la barbarie. Contrasta, y a mí me sigue indignando, la pasividad y la política de no-intervención de la llamada comunidad internacional con la avidez occidental con que se consumieron imágenes insoportables.

En 1998, en Kigali, el presidente americano Clinton reconoció que "no reaccionamos lo suficientemente deprisa al comienzo de las matanzas". ¿Por qué no se reaccionó? ¿Por qué se permitió que bandas de desarrapados realizaran ante las cámaras de televisión su "trabajo" asesino?. ¿Porqué se rechazó el alto el fuego propuesto por los mandos de las Fuerzas Armadas Ruandesas? ¿Por qué el FPR se opuso tenazmente a cualquier intervención exterior y hasta amenazó con considerar enemigos a las tropas belgas que pudieran quedarse? Porque logró convencer a sus aliados anglosajones de que su victoria militar sería rápida y que los riesgos de su estrategia serían limitados. Se equivocó. Su estrategia sirvió ciertamente a los tutsi emigrados y, resulta terrible afirmarlo, condenó objetivamente a muerte a los tutsi del interior.

La administración americana estaba al corriente de la previsible enormidad de la tragedia. Puso, sin embargo, mucho empeño en que los cascos azules se retiraran e impidió que nuevas resoluciones del Consejo de Seguridad pudieran dar a estas fuerzas mayor capacidad de intervención. Apostó por una victoria militar del FPR. Evitó, hasta el 10 de junio, utilizar el término "genocidio" para calificar las matanzas, porque ello exigiría una intervención que no deseaba.

- ***La naturaleza del conflicto***

Quizás sea importante reafirmar que las raíces de la tragedia ruandesa no son étnicas sino políticas. Con esto no se pretende negar el arraigado sentido de pertenencia étnica que cada uno de los grupos humanos posee en Rwanda, ni de disimular o minusvalorar las tensiones, desconfianzas, conflictos pasados y presentes. Lo que parece indiscutible es la instrumentalización política, explotación y exacerbación del sentimiento de pertenencia para hacerse con el poder y/o conservarlo.

Edouard KABAGEMA, un ingeniero agrónomo hutu, miembro del opositor PSD, que albergó en su casa a varios tutsi y no huyó tras el triunfo del FPR (aunque sí tuvo que exiliarse posteriormente), tratando de dar con una explicación a la crueldad que le rodeaba, ha escrito: "Era sobre todo ese temor al retorno del orden antiguo, ese miedo de volverse a encontrar bajo un régimen de opresión, lo que explicaba aquel furor excesivo de un pueblo poseído por su desesperación".

Por otra parte, parece evidente que al FPR, presentado en principio como punta de lanza de la liberación y democratización de un régimen monolítico en crisis, sólo le interesó en realidad la conquista del poder y pronto comprendió (en septiembre de 1993, un mes después de haber firmado los acuerdos de Arusha, sus candidatos perdieron clamorosamente las elecciones locales que se organizaron en la zona desmilitarizada al norte de Kigali) que sólo lo alcanzaría por medio de la guerra y la victoria por las armas. A ello dedicó todos sus esfuerzos. Para Kagame la victoria militar sobre el ejército rwandés era la prioridad absoluta. En este sentido, más de un observador ha destacado la pasividad y hasta indiferencia del ejército rebelde a la hora de defender a los tutsi del interior perseguidos y amenazados.

El explícito apoyo político del Estados Unidos e Inglaterra al FPR significaba a su vez la decisión de estos influyentes países en el ámbito internacional de impulsar la renovación de los liderazgos políticos de la zona, a semejanza de lo ocurrido y estimulado en años anteriores en Uganda, Etiopía y Eritrea. Ya en los años 90, la obsesión norteamericana por contener la expansión del islamismo a partir del Sudán era patente. Además, el vuelco político en Rwanda sería un paso o pieza indispensable para garantizarse una presencia e influencia en el Zaire, donde el fin del reino de Mobutu era inminente y deseable, y explotar sus escandalosas riquezas. Por otra parte, en esta operación quirúrgica de relevo quedaba marginada y anulada Francia, tradicional apoyo del régimen de Habyarimana. EE.UU. e Inglaterra siguen siendo los grandes valedores internacionales del régimen rwandés actual.

El artículo entero puede solicitarse en umoya@umoya.org

La ONU: el burro de los golpes

Inshuti

Manresa

09.04.2000

La bomba de estas últimas semanas ha sido el artículo publicado por el periódico de Toronto, National Post, el 1 de Marzo, sobre un informe de la ONU realizado en 1997 para averiguar la autoría del atentado que mató a los presidentes de Ruanda y Burundi en Abril de 1994, y que fue el detonante de las matanzas masivas contra la población civil de Ruanda. El autor del artículo es el periodista Steven Edwards, quien ha accedido al informe a través de uno de los investigadores que lo elaboró, el australiano Michael Hourigan. El informe está basado en el testimonio de tres militares tutsis del Frente Patriótico Ruandés, que revelan haber formado parte del comando que lanzó los dos misiles contra el avión presidencial. El comando, denominado Network, estuvo dirigido por quien está a punto de ser nombrado presidente de Ruanda, el general Paul Kagame. Según los testimonios, sería el mismo grupo quien habría asesinado a los tres cooperantes de Médicos del Mundo-España, el 18 de Enero del 97, entre quienes se encontraba la manresana Flors Sirera, así como cinco observadores de la ONU unos días antes. Lo más grave del caso es que el informe ha permanecido guardado bajo llave durante estos últimos dos años y medio, por orden de quien en aquellos momentos era la fiscal del Tribunal Penal Internacional para Ruanda, la canadiense Louise Arbour, actualmente magistrada del Tribunal Supremo de Canadá.

El informe pone en cuarentena la tesis, como se ha venido manteniendo hasta este momento, de la planificación del genocidio a cargo de elementos extremistas hutus. El informe de la ONU sobre las matanzas de 1994 decía que el atentado fue el detonante que provocó el comienzo de los asesinatos, y que podían existir vínculos entre los autores del magnicidio y los planificadores de las enormes matanzas ocurridas. Teniendo en cuenta que la cuerda ya no podía estar más tirante, que la situación que sufría Ruanda era extremadamente delicada y que la tensión entre las dos partes del conflicto había alcanzado unos límites insostenibles, abatir el avión en el que viajaban los dos presidentes, el jefe de Estado Mayor del Ejército ruandés, dos ministros burundeses y el secretario y hombre de confianza del presidente ruandés, todos ellos de la etnia hutu y opuestos a las élites tutsis que pretendían dominar ambos países, hacía previsible un gran desbarajuste y muy probablemente matanzas de población a gran escala. De entrada se avanzó la hipótesis, que se ha mantenido hasta este momento, de que los extremistas hutu habrían sido los planificadores de todo para poder alcanzar una especie de 'solución final' que les liberara de una vez por todas de sus enemigos seculares, los tutsi, de cualquier nivel social y de todas las edades; en definitiva, un genocidio en toda regla.

Nosotros jamás hemos creído que los hechos se sucedieran así, lo cual no obsta para que no hubiera un núcleo duro hutu que una vez iniciado el desastre llevara a término una limpieza étnica. Si fue el FPR quien cometió el atentado, ellos ya sabían, como todos los actores del drama, que con el

asesinato de la cúpula política y militar el descontrol estaba asegurado, que era imposible que se mantuviera la calma, y que los tutsi del interior de Ruanda serían el blanco de las iras de los grupos hutu más exacerbados. Una parte importante de la población tutsi del interior había ido adhiriéndose a los postulados del FPR, y después de la firma de los acuerdos de paz de Arusha se fueron observando gestos entre buena parte de la comunidad tutsi que alteraban el ánimo de la comunidad hutu, como la bienvenida triunfal con la que se recibió en Kigali al batallón de 600 hombres del FPR en Diciembre de 1993. Bien se sabía que muchos jóvenes tutsi eran enviados para recibir formación militar en Uganda y entrar en combate de parte del FPR. Cuando se desencadenó la locura de las matanzas, se descubrieron fosas muy profundas en medio de cafetales propiedad de tutsis, lugares donde tan sólo acostumbra a acceder la persona que cultiva la finca. La deducción más lógica fue esta: que estaban destinadas a enterrar cadáveres hutu después de la ofensiva lanzada por el FPR, que ya había empezado unas horas antes de producirse el atentado contra el avión presidencial.

La política de Habyarimana hacia la comunidad tutsi del interior de Ruanda fue muy negativa desde el ataque del FPR contra Ruanda, en Octubre de 1990, deteniendo y torturando gente por el sólo hecho de ser tutsi los primeros días posteriores al ataque, y organizando comandos que produjeron matanzas de población tutsi en lugares como la región de Bugerusa o contra el subgrupo tutsi de los bagogwe. Si Habyarimana hubiera sabido ganarse a los tutsi del interior, quienes no se mostraban descontentos antes de Octubre de 1990, se habría podido hacer un frente común contra el FPR, que lo habría tenido muy difícil. Buena parte de esta comunidad tutsi ruandesa no estaba de acuerdo con el ataque lanzado por parte del FPR, el cual era visto con mucha suspicacia; todos sabían que eran los descendientes de la aristocracia tutsi quienes habían abandonado el país a partir de la Revolución social de 1959, y que había supuesto una liberación no sólo para la masa campesina hutu, sino también para la población tutsi más sencilla, que prefirió quedarse en el país y fue acusada, por parte de los que se habían marchado, como traidora a la causa. Ahora, estos tutsi del interior, supervivientes del genocidio de 1994, son dejados de lado por el núcleo que controla el poder en el seno del FPR y que gira entorno del general Kagame, descendiente del clan de los Abega, que abastecía las reinas madre en la antigua monarquía, donde el rey era del clan de los Nyiginya. Las reinas madre eran conocidas por su tradición de crueldad hacia los campesinos hutu; no es de extrañar la crueldad que ha caracterizado al FPR durante estos años, bajo el control Abega. Incluso ha llegado un punto en que un sector descontento tutsi se está organizando en el entorno del rey destronado, muy mayor y residente en Nueva York, con el fin de intentar apartar del poder al Akazu de Kagame, tal y como se conoce al núcleo duro que controla el poder en estos momentos.

El genocidio contra la población tutsi es absolutamente injustificable, pero no se puede hablar sobre éste de una manera descontextualizada, simplificando los hechos. Hay que tener en cuenta que en Kigali y en sus inmediaciones vivían un millón de desplazados ruandeses que llegaban huyendo de las matanzas cometidas por el FPR en el noreste, y centenares de miles de burundeses que huían de las matanzas cometidas por el Ejército tutsi de

Burundi después de haber asesinado al primer presidente hutu elegido democráticamente hacía pocos meses. A esta situación de desesperación se añadía el hecho de que la economía del país estaba absolutamente hundida y que desde hacía meses la gente empezaba a sufrir el hambre. De hecho, no se puede decir que en Ruanda se haya producido un solo genocidio porque las matanzas se produjeron en un lado y en otro. Se puede decir que ha habido dos genocidios o un genocidio de la población en manos de dos grupos, pero es absurdo hablar solamente de un genocidio contra la población tutsi ruandesa entre los meses de abril y junio de 1994, cuando los cálculos más verosímiles hablan de más de tres millones de muertos desde el inicio de las hostilidades, de los que 800.000 murieron durante el año 1994. Hay responsabilidades en los dos bandos, pero la responsabilidad principal recae en el FPR, que empezó una guerra de agresión injustificada y que cometió el atentado que desencadenó las matanzas de 1994, todo ello en el marco de un plan global de control a medio o largo plazo de la región de África de los Grandes Lagos, con el apoyo de corporaciones mineras y gobiernos occidentales, sobre todo el de los Estados Unidos. El elemento de la planificación es el que se ha utilizado desde 1994 para culpabilizar básicamente a los hutu del régimen anterior. Ahora este elemento se vuelve en contra de quienes lo han estado utilizando en su favor.

La táctica del FPR consistió en ir calentando el ambiente hasta llegar a una situación asfixiante que llevara a cometer actos que merecieran la condena unánime de toda la comunidad internacional. Como dice Christophe Hakizabera en su testimonio clave del 10.08.99: *"Para el FPR sólo contaban los tutsis de la diáspora, mientras se consideraba que la gran parte de los tutsis del interior formaban parte de los que fueron corrompidos por el régimen de Habyarimana. Este hecho explica porque la muerte de miles de tutsis no afectó para nada al FPR, que se sirvió de su infortunio para legitimar su golpe de estado mediante la fuerza extranjera... Está claro que Kagame tenía necesidad de un baño de sangre de los tutsis para justificar más tarde el exterminio planificado de los hutus y proclamar alto y fuerte el genocidio, que hoy ha resultado ser un cheque en blanco inagotable para legitimar su régimen"*.

Pero el FPR también cometió matanzas en abundancia en los territorios que iba ocupando. La gente que no tuvo tiempo de huir fue masacrada sistemáticamente, y muchas de estas matanzas se atribuyeron a las milicias hutu interahamwe a causa de la campaña mediática, en la que el FPR puso siempre mucho esmero. La guerra de agresión que sufre actualmente la R.D. del Congo ha aportado mucha luz sobre los hechos pasados, porque se han ido constatando las conexiones entre el FPR y determinadas corporaciones mineras. Kigali ha pasado a ser la principal plataforma de exportación de minerales de toda África Central, aunque Ruanda es un país que no tiene prácticamente ninguna riqueza mineral en su subsuelo. Es de suponer que las corporaciones mineras que están detrás del FPR pueden tener una gran capacidad de influencia en medios de comunicación internacionales suficientemente importantes.

La segunda revelación del artículo de Edwards dice que el comando Network recibió ayuda de un país occidental, pero omite nombrarlo. Las dos hipótesis

más probables son Bélgica o los Estados Unidos. El ministro de Asuntos Extranjeros belga, Louis Michel, al ser recientemente preguntado en Kinshasa sobre este tema, ha salido por la tangente y ha dicho que circulan muchos rumores sobre la autoría del atentado, pero que lo que hay que hacer es mirar hacia el futuro y de una vez por todas dejar este tema de lado. Esto es del todo incomprensible, como también lo es la visita a Ruanda, esta semana, de una delegación belga de alto nivel formada por el primer ministro, el ministro de Asuntos Extranjeros y el ministro de Defensa, para participar en los actos de conmemoración del sexto aniversario del genocidio ruandés, pidiendo perdón ante el actual gobierno ruandés encabezado por Paul Kagame, por la retirada de los cascos azules belgas en 1994. En vista de este posicionamiento del gobierno belga no sería raro que el país mencionado en el informe sea Bélgica, que en su momento ya fue acusada por miembros del régimen anterior. Sin embargo no hay que descartar la posibilidad de que fuera Estados Unidos, porque ha sido el gran avalador del FPR y quien le ha proporcionado la asistencia militar en todo momento, pero sería un tanto extraño que se dejasen sorprender en un acto tan chapucero; ellos actúan de una manera más disimulada o por interposición, y es difícil que los miembros de un comando puedan incriminar a los norteamericanos de manera tan directa.

Las actuales revelaciones del National Post obligan a la ONU a pronunciarse. Si lo que se pretende es restar importancia al asunto, el Tribunal Penal Internacional para Ruanda perderá la poca credibilidad que todavía pueda tener. Si lo que se quiere es ser consecuente, habría que procesar a la persona que se apunta como responsable del comando asesino, el actual hombre fuerte de Ruanda a punto de ser investido presidente del país, el general Kagame. Pero esto llevaría a un giro tan brusco y radical en lo que a la situación actual imperante en toda la región se refiere, que costará mucho que se produzca. Si se opta por el inmovilismo, tan sólo quedará una opción: emprender acciones penales contra Kagame en las jurisdicciones nacionales de países afectados, como acaba de hacer el abogado Luc de Temmerman en Bélgica, y como se podría hacer perfectamente ante los tribunales españoles a partir de la jurisprudencia creada por la Audiencia Nacional en el asunto Pinochet. Pero antes hay que ver qué dice la ONU, que vuelve a verse metida en otro apuro, uno más de los muchos en los que se ha ido encontrando desde el comienzo de la guerra de Ruanda, que dentro de poco hará diez años que empezó. Instrumento de los poderosos, obligada a servir lo mismo para un barrido que para un fregado, ha destacado sobretodo por ser el burro de los golpes y servir de pantalla protectora para los que mueven los hilos desde detrás del escenario.

De nuevo el imperio: el exterminio del pueblo hutu

Joan Carrero
Fundació s'Olivar
Mallorca
02.06.1998

Cada vez somos más los que sabemos que las opiniones y las informaciones publicadas sobre el conflicto de la región de los Grandes Lagos Africanos constituyen sin duda la mayor mentira mediática internacional de este momento. El poderoso extremismo tutsi y sus poderosísimos aliados internacionales han trabajado mucho y desde hace bastante tiempo en la gran causa de la intoxicación mediática. Y han conseguido unos extraordinarios resultados, engañando no ya a la opinión pública sino incluso a los mismos medios. Desde hace tiempo los sanguinarios dictadores tutsis de esa región están exterminando sistemáticamente a cientos de miles de civiles hutus indefensos. Las evidencias están ante la mirada de cualquiera que haga un pequeño esfuerzo por acceder a una información no distorsionada por aquellos intereses que la Comisaria Enma Bonino calificó como "inconfesables". En aquel momento se refería a la operación internacional, tan difícilmente acordada, que pretendía auxiliar a los cientos de miles de refugiados hutus en Zaire, operación boicoteada por la diplomacia norteamericana con el apoyo de la británica y la posterior adhesión de otras europeas. Previamente a su eliminación física se había intentado negar su existencia misma y se nos había calificado de "visionarios" a quienes denunciábamos la gran mentira de que ya hubiesen retornado a Ruanda y alertábamos sobre su más que probable exterminio. El viaje de la Comisaria a Tingui-Tingui, acompañada de las cámaras de TV, puso en evidencia esa gran "farsa internacional".

Pero también hoy, en el día a día de los medios de comunicación, esos mismos inhumanos y oscuros intereses presentan a la etnia tutsi como la víctima de los continuos ataques de los rebeldes-genocidas-hutus, mientras que las matanzas de miles de éstos es silenciada sistemáticamente. Así, y sólo como un ejemplo más entre otros muchos, se les culpó, sin posibilidad de duda alguna, del asesinato de los tres españoles de Médicos del Mundo. Muchos meses después la investigación de la ONU da a entender lo contrario, tal y como algunos de nosotros afirmamos desde el primer momento. Tras dicha investigación el Gobierno español ha bloqueado indefinidamente los 2.200 millones que estaban destinados a Ruanda y no permite abrir el consulado ruandés en Madrid. Pero ha pasado demasiado tiempo y todo esto no se ha publicado porque ya no es noticia. El informe de la policía española, mucho más completo aún, tampoco se ha querido hacer público.

El intento, unas veces sutil y otras burdo, por ligar indisolublemente ese calificativo de "genocida" al sustantivo "hutu" es una de las más importantes claves para entender todo este conflicto. Mediante un análisis sistemáticamente falseado del genocidio del 94, el pueblo hutu ha sido incuestionablemente presentado como genocida. Así, el cruel e impune exterminio que en estos años está sufriendo, en el supuesto de que llegue a trascender a la opinión pública, se pierde en una nebulosa de confusa e incierta

ambigüedad, de lógica y hasta justa venganza, de distante y adormecedora lejanía. Y si alguien se atreve a cuestionar la infalibilidad dogmática del omnipresente y omnipotente pensamiento único, no puede tratarse sino de un visionario (de nuevo) ingenuo y mal informado, o incluso de un mercenario de ocultos intereses. Ciertamente algunos miles de extremistas hutus, fundamentalmente los interahamwe, cometieron grandes matanzas en aquellos terribles días. Pero, en primer lugar, es una enorme y perversa manipulación criminalizar a los muchos millones de seres humanos que, no sólo en Ruanda, forman el pueblo hutu, haciéndolos culpables de los crímenes que cometió una minoría numéricamente insignificante. En segundo lugar, sus víctimas no fueron sólo tutsis sino también hutus moderados. Y, en tercer lugar, es muy importante tener en cuenta que los tutsis del FPR, que actualmente controlan todo el poder en Ruanda, realizaron también incontables matanzas, no sólo de hutus sino también de tutsis, desde que en 1990 iniciaron una terrible invasión desde el norte, con un gran apoyo de Uganda y los Estados Unidos y también, seguramente, Gran Bretaña. Un millón de ruandeses tuvo que huir de esa región y refugiarse en el centro y sur del país. Para la élite de nobles tutsi que, tras las elecciones democráticas, marcharon de Ruanda en 1959, esta gente ordinaria de su propia etnia eran considerados traidores y cómplices de los hutus, ya que optaron por convivir con éstos y permanecieron en un país gobernado incluso por ellos. Más aún, existen indicios y testimonios más que suficientes para llegar a la gravísima y sobrecogedora deducción de que una cierta eliminación, aunque seguramente no masiva, de estos otros tutsis "renegados" del interior, era un elemento clave en el ambicioso y largamente elaborado proyecto de estas crueles élites tutsis y en sus maquiavélicas estrategias. Esto los convertiría a ellos mismos en víctimas y les concedería la patente para hacer "justicia". Pero esas masacres fueron realizadas sólo en parte por los extremistas hutus y además sólo tras la gran provocación que fue el asesinato conjunto de los presidentes hutus de Ruanda y Burundi, Juvenal Habyarimana y Ciprian Ntaryamira, sólo seis meses después de que fuese asesinado por el ejército tutsi el anterior presidente de Burundi, Melchior Ndadaye, también hutu.

Durante 30 años esta élite tutsi, incapaz de renunciar a los privilegios señoriales de los que habían gozado durante siglos, se preparó para la reconquista del poder. Su nivel cultural, su poder económico, sus excepcionales relaciones, les permitieron preparar económica y mediáticamente la recuperación de su reino. Pero el otro gran protagonista de esta gran tragedia es sin duda el Gran Imperio (¿ norteamericano ? ¿ de las multinacionales ? ¿ quien lo sabe ?) que durante décadas ha hecho impunemente en Sudamérica lo que ahora comienza a hacer en Africa. La confluencia de los intereses de ambos y su "trabajo" conjunto ha hecho posible la "liberación" (para las nuevas multinacionales, claro) de ese prodigio en recursos naturales que es el antiguo Zaire. Desde hace unos años ese único gran líder mundial que es Estados Unidos está interesado por ese continente africano que los europeos se habían repartido en la ya lejana Conferencia de Berlín. Esos dictadores tutsis de los que hablamos (Museveni, Kagame, etc.) han sido formados en las escuelas militares norteamericanas en las que antes se habían formado los dictadores sudamericanos que asesinaron a sus propios pueblos y también, como ahora en Africa, a ciudadanos españoles (los jesuitas

de El Salvador, entre otros muchos). Ya es hora de que algunos analistas políticos dejen de hablar de la corrupción y los crímenes de Mobutu y de las gravísimas responsabilidades africanas de Francia. Ya es hora de que todos hablemos menos del genocidio del 94 y mucho más del que se está ejecutando hoy, en el 98. Y, sobre todo, de que empecemos a intentar evitar el del 99. Ya es hora de que la opinión pública catalana sepa que los responsables últimos de los asesinatos de los misioneros Juan Alsina y Quin Vallmajó (catalanes de una talla humana excepcional, al igual que la cooperante Flors Sirera), son los mismos. Son muchas las similitudes entre las vidas y también las muertes de ambos, uno en el Chile de Pinochet y otro en la Ruanda de Kagamé. La opinión pública española debe conocer quien está tras el asesinato de sus conciudadanos. Del mismo modo el padre Roy Bourgeois, actualmente encarcelado, y todos aquellos norteamericanos que luchan por el cierre de la Escuela de las Américas, deben conocer lo que algunos de sus políticos, empresarios y banqueros comienzan ahora en esa Africa que queda tan lejos para la gran mayoría de sus conciudadanos. Esperemos que no sean necesarias dos décadas para que algún fiscal adelantado a su época, y a contracorriente, saque a la luz tanto crimen y tanta mentira. Esperemos que, al igual que se está haciendo en Francia, la opinión pública norteamericana sea capaz algún día de sentar en el banquillo de los acusados a aquellos de sus dirigentes que puedan ser responsables de tantas y tan absurdas tragedias por un afán enfermizo y delirante de dinero y poder.

El artículo completo puede hallarse en <http://www.pangea.org/olivar/>

Otras lecturas

- ✓ Ramón Arozarena, *Rwanda: hace 10 años, 10 años después*, Comités de Solidaridad con África Negra, Monográfico de septiembre de 2004.
- ✓ Ramón Arozarena, *¿Hay democracia en Ruanda?*, Comités de Solidaridad con África Negra, Monográfico de septiembre de 2003.
- ✓ *Paul Kagame relacionado con el terrorismo internacional*, Revista Umoya nº 28, octubre de 2002.
- ✓ *Ruanda: las claves del poder tutsi*, Revista Mundo Negro nº 418, abril de 1998.
- ✓ *Ruanda 5 años después*, Revista Mundo Negro nº 432, julio-agosto de 1999.
- ✓ *Ruanda 10 años después*, Revista Mundo Negro nº 484, abril de 2004.
- ✓ *Ruanda: las cifras (falsas) del genocidio*, Revista Mundo Negro nº 459, enero de 2002.
- ✓ *Ruanda: Kagame, ¿responsable del genocidio?*, Revista Mundo Negro nº 451, abril de 2001.
- ✓ Pr. Londende Lokenge, *Los tutsi, gendarmes de los americanos en África*, una traducción al castellano del texto puede hallarse en <http://www.inshuti.org>
- ✓ La investigación sobre el atentado que hizo bascular Rwanda hacia el genocidio, <http://www.inshuti.org>
- ✓ Joan Carrero Saralegui, *Caminos y escollos para la paz en África, el caso de los Grandes Lagos*, <http://www.pangea.org/olivar/>
- ✓ Stephen Smith, *La investigación sobre el atentado que hizo bascular Rwanda hacia el genocidio: El juez Jean-Louis Bruguière ha cerrado la instrucción sobre el derribo del avión del presidente Habyarimana el 6 de abril de 1994*, Le Monde, 9 de marzo de 2004.
- ✓ *Varias organizaciones europeas, ¿Llegará a su fin el drama ruandés?*, puede hallarse en <http://www.inshuti.org> y en <http://www.pangea.org/olivar/>